Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 12

San José, Costa Rica 1923 Lunes 10 de diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Los dos caminos

Luego que hubo recorrido el mundo, en lo cual gastó la mayor parte de su fortuna, Walter Freeman llegó a la India, donde el virrey le dió un empleo. Asegurábase así la existencia modesta con que decidiera quince años antes rematar sus aventuras, cuando el dinero se le acabara y no pudiese ya viajar. Walter Freeman había realizado, pues, su programa.

Casi es innecesario agregar que, por lo mismo, no estaba contento. El mundo, a decir verdad, resultábale mucho más pequeño y también mucho más monótono de lo que supusiera al partir. Pero Walter Freeman era fuerte, y, con esto, incapaz de lamentar el pasado por inútil o por mejor. Entonces resolvió entregarse—panorama por panorama—al estudio de los hombres.

Tampoco esto último le interesó mucho tiempo.

La perspectiva mental en que hubo de colocarse para observar a los hombres produjole el efecto ya por él materialmente notado desde los rascacielos de Nueva York: y fué que le resultaron iguales y achatados por la igualdad como los clavos en la suela de una bota. El hombre era un animal legislativo y gregario, generalmente gris por fuera y un poco más sombrío, pero no más interesante por dentro. Todos, a decir verdad, creían, sentían, procedían lo mismo. La proximidad de aquella multitud uniforme agravaba el aislamiento del observador, como el aumento de la arena profundiza la soledad del desierto.

Hasta que un día, en su rebusca de hombres, Freeman se acordó de aquellos célebres solitarios cuya vida consiste en la meditación, para lo cual, instalados sobre una peña, pasan los años mirándose el ombligo. Sabía esto por los viajeros que lo cuentan en sus libros; mas, conociendo a precio de buena fe la exageración de semejante literatura, suponíalo caso raro, inhallable quizá. Y así era, en efecto. Del arte de mirarse el ombligo en la soledad todos estaban enterados; pero costó mucho a Freeman dar con el solitario que lo practicara. Sin embargo, esto ocurrió al fin; y un día, después de muchos bien andados a lomo de caballo y de elefante, tierra adentro en el país, cerca ya de la frontera tibetana, el hombre de Europa, curioso, activo, preciso, observador, correcto—«homo diligens», para decirlo con científica nomenclatura—encontró al «homo negligens» de Asia, tal cual lo esperaba, en su peña, con un lienzo a la cintura, sin edad bajo el lustre férreo que el sol le había dado y poniendo sobre él dos ojos tan afables como serenos.

Entonces Freeman empezó a preguntar en la lengua palí que ya dominaba, y el otro a responder con sencillez. Así supo que llevaba treinta años de aquella disciplina, al raso en la peña día y noche, que era del mismo lugar, que nunca lo había abandonado, que apenas necesitaba alimento, que casi no dormía ya y que jamás se había aburrido.

Picó esto último singularmente la curiosidad de Freeman, que tanto había andado sin cansarse ni satisfacerse. Entonces añadió el solitario:

—La serenidad es un estado supremo de belleza, y la quietud que sucede a las andanzas es un comienzo de serenidad. Pero nadie deja de andar sobre la tierra, ni puede hacerlo, porque vivir es irse. La existencia del hombre es una constante despedida. Por esto también la conciencia tiene su fundamento en la noción del pasado.

Pero, hay dos modos de andar y dos caminos que seguir. Usted ha andado hacia afuera, prefiriendo la materialidad de la función; ha recorrido el mundo y no está satisfecho. La enfermedad de la civilización occidental consiste en que sólo le interesa lo presente. Así, desde su ciencia expe-

(Pasa a la página siguiente).

AL MARGEN DE LA VIDA PUBLICA

El dinero y la política

Tengo a la vista un dibujo de Grosz, el implacable caricaturista alemán. Pisando sacos de oro, revueltos con humanas osamentas, se yergue, sobre un fondo humeante de chimeneas y de fábricas, la maciza figura de Hugo Stinnes, con su barba recia, sus labios gruesos y su cerviz carnosa, y el talonario de cheques en el bolsillo. El omnipotente magnate de la industria tiene entre sus velludas manos un muñeco que mueve a su antojo tirando de los opuestos cordelitos. En el panzudo monigote el dibujante ha representado al jefe del Gobierno de su nación.

La violenta sátira de Grosz pretende fijar plásticamente una de las más funestas realidades del mundo contemporáneo. Prescindiendo ahora del caso de Alemania, puede afirmarse que, en general, la política está manejada por el dinero. Los hombres de gobierno son muchas veces simples personas interpuestas por los hombres de negocios. Se agitan y peroran los estadistas como dueños del Poder; pero son los magnates de la plutocracia y las grandes Empresas quienes tienen secretamente los hilos que mueven a sus brillantes fantoches. «Eran los señores de sus conciudadanos y los Esclavos de sus libertos», decía Plinio de los primeros emperadores de Roma. Con frecuencia, en los modernos estados, las poderosas compañías mediatizan a los gobernantes honrándoles como señores y utilizándoles como esclavos. En el Olimpo de la política aparecen los dioses mayores, ceñidos de la esplendente aureola de la autoridad. Hay mucho de ficción. El rayo lo forja en sus cavernas subterráneas el oscuro Plutón, dueño de los tesoros

de la tierra y de las vetas de los metales preciosos.

Necesario es, por lo tanto, separar el gobierno del Estado de los Consejos de Administración. Conviene cortar los hilos del muñeco. Mas esto no es todo. Para que la plutocracia no domine sobre el interés público, no basta con quitarle el juguete de las manos. Las Empresas o Sociedades no se preocuparían de la influencia política si, a su amparo, no lograsen ventajas y privilegios, incompatibles con las conveniencias generales. La obra verdaderamente democrática y nacional consistirá en suprimir esos privilegios y limitar esas ventajas, de tal suerte que, sin destruir ninguna fuente legítima de riqueza, que, al cabo, sobre todos refluye, queden subordinadas las grandes Compañías y sometidos los oligarcas del dinero al supremo interés de toda la comunidad social. Recordemos el consejo del actual presidente de los Estados Unidos: «No vaciles en favorecer a las Empresas poderosas cuando, al hacerlo, favorezcas al bien público; no vaciles en perseguirlas cuando, haciéndolo, sirvas al bien público».

Ha de considerarse la política como una empresa de abnegación y de sacrificio. No es que esté tan reñida con la actividad económica individual que sólo pudieran consagrarse a la política los rentistas ociosos o los frailes franciscanos. Pero hay que crear en la vida pública una atmósfera de fervor y de idealidad que mantenga vivos el espíritu de desinterés y el amor a la patria y a la justicia.

No nos entusiasma, sin embargo, a este propósito, la contrita renuncia que hacen de sus modestas dietas senatoriales los grandes de España. Claro está que, en este caso, no era lógico que las tuviesen, pues los miembros de una Cámara en la que no es posible sentarse sin acreditar una cierta riqueza, contradicen sus propios principios constitucionales si luego se votan una indemnización para sufragarse el correo. Pero lo que, sobre todo, importa, es saber si, con dietas o sin dietas, son ellos los verdaderos, auténticos y capacitados representantes del pueblo español, y si en el siglo XX parece admisible que haya senadores por derecho propio, es decir, legisladores de derecho divino, que, sin elección de nadie, por virtud de su nacimiento, adquieran la hereditaria facultad de dictar las leyes a todos sus conciudadanos.

Lo esencial, de todas suertes, para moralizar la política y elevar la vida de un Estado, es, en nuestra época, la colaboración activa de una fuerte, sana y libre opinión pública. Una opinión nacional despierta, orgánicamente canalizada en grandes corrientes ideales, habituada a leer, a discutir, a votar, crea en las naciones esos estados de conciencia colectiva que condenan a los malos políticos al ostracismo y sostienen a los políticos capaces y desinteresados, envolviéndolos en un ambiente de merecido prestigio y de afecto popular, sin el cual no habría ningún espíritu selecto que no se sintiese tentado a desertar de la áspera misión de gobernar a un país.

Sí. Hay que separar la política del dinero. En todos los pueblos, y más aún después de la guerra europea, se han acentuado, hasta hacerse intolerables, esas turbias concomitancias entre el Poder y los negocios, urdidos en los pasillos parlamentarios y los despachos ministeriales. No faltan en ninguna parte, ni en España tampoco, muy honrosas excepciones, a las que el tributo de la justicia será tanto más debido cuando mayor nos parezca la corrupción general. En suma, frente a la decadencia de las costumbres públicas nada será, en definitiva, eficaz, sino una opinión democrática que las renueve, despertando aquella idealidad política que, basándose en las realidades vivas de la nación, hace que el entusiasmo del país sostenga a sus representantes y que la conducta de éstos no defraude el entusiasmo del país.

LUIS DE ZULUETA

Los dos caminos...

(*Viene de la página 177*).

rimental hasta su cristianismo que atribuye a los actos pasajeros responsabilidades eternas. Mas, el presente y la muerte son sinónimos. Presente es lo que está simultáneamente llegando a ser y dejando de ser: una ilusión. Y todavía, como lo que aun no ha llegado a ser es incomprensible e imperceptible, sólo comprendemos y percibimos el segundo aspecto de aquel estado, que tampoco es un estado, porque ni un instante permanece.

Lo que sucede con la estrella, que no vemos tal como es, sino como fué cuando de ella partió la luz que nos la revela, ocurre con todo. Tan pequeño como se quiera, habrá siempre un intervalo entre la partida de la luz que emite o refleja un cuerpo inmediato, y su llegada a mi pupila. Ese intervalo es el abismo del no ser; y por aproximado que esté a mi ojo el cuerpo supuesto, y por rápido que ande el rayo de luz, no veré ya ese cuerpo como es, sino como fué. Tal es el resultado de la visión normal hacia afuera. Para ver las cosas como son, hay que mirar hacia dentro. Mirarse. ¿No dijeron ya los griegos que conocerse a sí mismo es la suprema sabiduría?

Bueno; ¿pero qué se vé? está ya preguntando su curiosidad imperiosa.

Se ve la humanidad viviente desde sus orígenes, el ser que es usted mismo en rigurosa continuidad, dilatado a través de los tiempos y de los mundos. Y se tiene, con ello, la verdad, el bien y la belleza que las generaciones acumularon y que usted lleva consigo, como lleva una virgen la facultad de concebir. Así en cada uno de nosotros se sobrevive la humanidad inmortal. Ese germen es su vida que continúa; y tal como el otro, el de la fecundidad animal, reproduce un hombre en cuyos caracteres hereditarios resucitan sus antecesores, él lo hace con las generaciones que aparentemente fueron y que realmente son en el ser donde despierta.

Entonces se descubre que el hombre ya supo lo que ahora recuerda creyendo que lo aprende, según decía Pitágoras; y pasado y porvenir son la misma cosa como la línea de un círculo. Y así como en ésta no hay delante ni atrás, todo lo que se ve es simultáneamente historia y profecía que el vidente comunica como una u otra cosa al que no ve, según el grado de instrucción de este último. Si dicha instrucción comporta una relación lógica con lo que se ve, el fenómeno comunicado es historia. Si no, es profecía. La vida existe de toda eternidad, y así es como somos inmortales. En la gota que se evapora del mar y habita el cielo transformado en nube, está siempre el ser del agua. Y es agua allá arriba, y lo es en el tejido vegetal o animal, o en la combinación química que constituyó hace millares de años esa árida roca. El reactivo que en el laboratorio la revela, así nos lo certi-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

fica. Allá está siempre, eterno, indestructible, el ser del agua. Y si un día la gota regresa al Océano, sólo con disolverse en él es ya el océano mismo. Dejó ya de haber diferencia entre la gota y el océano, porque lo permanente, que es el ser del agua, hallábase lo mismo en el océano que en la gota. Océano y gota son agua; y esta condición que, para uno y otra, es la existencia, no puede aumentar ni disminuir, y es exactamente lo mismo en la gota y en el océano. Así la existencia del océano cabe en la gota, y la existencia de la humanidad cabe en el hombre.

Así, también, se adquiere la serenidad y el conocimiento.

Yo nunca he leído ni oído nada referente a los griegos, pero sé lo que pensaron, porque están en mí, como están todos los hombres. Podrá ser que yo enuncie defectuosamente sus fórmulas o que pronuncie mal algunas de sus palabras. Esto es consecuencia del ser carnal que me sirve de vehículo. Un inventor de locomotoras puede verse constreñido a viajar en la más defectuosa carreta, y poseyendo la ciencia de la velocidad, sufrir materialmente la torpeza de la marcha.

Pero el arte de la contemplación reporta asimismo un progreso material.

Con soportar la intemperie sobre esta roca, he llegado a dominar los elementos. Y ellos me son ya indiferentes. Pero así, está usted pensando, se suprime el progreso. ¿Y cuál es el objeto del progreso, sino evitar el dolor? Toda construcción humana es una perfección de la guarida o del sendero. El temor a la inclemencia de las estaciones, y el bienestar que resulta de evitarlas, son los motivos de toda arquitectura, de todo vestido, de toda propiedad. Yo he resuelto el problema, sin las desazones que apareja la adquisición de esos bienes. Para mí no existe la inclemencia de los elementos; y en cambio, como no los evito encerrándome o limitándome, gozo la plenitud de su belleza reflejada en mi propia serenidad.

Ello me cuesta un esfuerzo de veinte años. ¿Pero, se emplea, acaso, menos tiempo en adquirir lo que los hombres consideran necesario para vivir tranquilos? Y después, lo que yo he conseguido, ya no puedo perderlo. Es mío en mí, no fuera de mí; y como a nadie le serviría si me lo quitara, nadie, tampoco, lo codicia. La paz que así he conquistado, beneficia a todos porque no perturba a ninguno. El bienestar que consiste en la posesión de bienes materiales, mortifica, siempre, a algún semejante. Poseer es desalojar. Poseerse: he aquí la única verdadera fortuna.

Y el otro afán es comunicarse materialmente los hombres.

En vano la historia les enseña que a toda aceleración de comunicaciones sucede una guerra espantosa. La comunicación es el origen de la esclavitud. Por esto, la verdadera libertad, únicamente en la soledad prospera. ¿A qué comunicarse con los vivientes? Ellos no son otra cosa que nuestra misma sombra muchas veces reflejada. El camino de la eternidad es el único que valga la pena emprender, porque no termina. Todos los otros no hacen sino describir el círculo vicioso de la nada. Y la eternidad no tiene sino una puerta para el viviente: la meditación con que se pone a habitar deliciosamente su soledad interna. Porque no lo hacen, los hombres tienen que vivir huyendo cada uno de sí mismo. No pueden soportar el miedo de aquella tumba abierta que es su ámbito interior, y por esto se reunen. El hombre lleno de sí mismo es el único que, en su soledad, nunca está solo. No se teme ni se huye. El ser de la humanidad está en él como en la gota el ser del agua.

Así es como se anda para adentro, hacia la eternidad, o mejor dicho, en la eternidad; y cómo, además del conocimiento y de la belleza, se adquiere, con la exacta noción del bien, su práctica, que es la dicha suprema. Porque al descubrir uno en sí mismo el panorama de la eternidad, halla que, así como las paralelas de la geometría euclidiana se encuentran en el infinito, el bien y el mal coinciden en un solo punto evanescente, que es la conciencia humana, disuelta como la gota que al océano rodó, en el abismo de las causas desconocidas. Y de esta suerte la noción del bien formula el perdón sin límites. Toda relación con los seres es un acto de simpatía. Nuestro seno acoge con la misma solicitud a la flor que lo perfuma y a la víbora que lo muerde. Perdonar es amar sin egoísmo: amar verdaderamente, porque lo otro no es amor, sino deseo. Usted, con sus ideas cristianas, me dirá que, así, no hay justicia; pero, si la justicia es el primero de los bienes humanos, ¿cómo podría causar daño a nadie su aplicación? Bajo su verdadero sentido, la justicia es la distribución del bien. Allá donde ella castiga, es decir, donde hace mal al que hizo mal, aumenta el mal repitiéndolo. Creer que del mal puede salir el bien, es, precisamente, la razón del crimen. Toda falta ajena es reproducción idéntica o equivalente de una falta propia. Por esto, quien perdona a su semejante, a sí mismo se compadece. Dilatar la conciencia en la meditación, engendra, pues, el bien; que, tal como sucede con la belleza y con la verdad, es un estado de serenidad perfecta. Toda pena y todo defecto tienen su origen en la inquietud. Cuando uno se sumerge en su propio ser, es como un lago que recobra la calma. El cielo desciende a nuestro ámbito y lo llena, y la transparencia interna se vuelve luz. Entonces nuestra alma nos desborda como una claridad sin límites; y percibimos en su seno nuestro propio ser material como un guijarrillo insípido.

Tal es el sendero de la meditación. El arte de mirarse el ombligo, como dice usted, vale, pues, tanto como cualquier otro, desde que conduce a las cimas del espíritu. ¿Y sabe usted por qué los solitarios preferimos fijar nuestra atención sobre ese punto de nuestro vientre? Porque ahí queda, no siempre inactivo del todo, el rudimento del órgano natal que constituye, materialmente hablando, la cadena de las generaciones. Esa es nuestra raíz...

Pero, lo que en este momento piensa usted sobre tales meditaciones, es exacto. La humanidad perecería si emprendiera en masa semejante camino. En cambio, aquellos que lo adoptan son tan pocos, que su abstención resulta insignificante. La libertad, la verdad, la belleza, el bien, no son cosas asequibles para la multitud, ni le interesan, ni la harían feliz. Lo que ella busca y le basta, no es más que un poco de esperanza y de quimera...

Así fué cómo Walter Freeman halló por primera vez un hombre distinto.

LEOPOLDO LUGONES.

(La Nación, Buenos Aires).

Para Salvador Umaña y Sra.

Como en el rosal la rosa
y como en el cielo el sol,
así en vuestro hogar dichoso
Jorge Eduardo apareció.

¡Ya tenéis vida en más vida
y más amor en amor,
y en las sonrisas del niño
la fiesta del corazón!

CARLOS LUIS SÁENZ.

Noviembre, 1923.

(Con motivo del nacimiento del primogénito).

UN EJEMPLO HISTORICO

De la política de una democracia

Se podrá discutir si el Tratado de Versalles autorizaba o no a Francia para ocupar el Ruhr, y si, aun teniendo de su parte el derecho estricto, no incurrió al hacer uso de él en el *Summum jus, summa injuria*. Lo que no se puede discutir es que la política francesa ha triunfada plenamente y se ha desenvuelto con firmeza serena que salvó los peligros de una situación dificilísima. Ni la porfiada resistencia alemana, ni la actitud de los comunistas franceses, ni la oposición de Inglaterra apartaron a los gobernantes de Francia de la línea de conducta que se habían trazado. Los hechos les han dado la razón en cuanto al resultado que preveían; la capitulación de Alemania. Indudablemente hubiera sido mejor una sincera reconciliación de los pueblos al concertarse la paz; ¿pero podía esperarse de la naturaleza humana?

La ocupación militar era sumamente arriesgada. La explicable exaltación patriótica de los alemanes había de conducirles fatalmente a actos de provocación. De ahí surgía el peligro de que las fuerzas militares ocupantes, dejándose arrastrar por el orgullo de un ejército vencedor, se lanzasen a represiones sangrientas que hubieran expuesto a Francia a la odiosidad del mundo civilizado. Na ha sido así. La ocupación ha sido el triunfo de la paciencia. El mando francés ha demostrado gran dominio de sí mismo y ha impuesto a las tropas la más severa disciplina. A pesar de los actos repetidos de *sabotage*, de las agresiones a las patrullas y a los soldados sueltos, de la resistencia pasiva, porfiada e indómita durante muchos meses, las ejecuciones capitales han sido raras y se ha ahorrado el derramamiento de sangre.

Se ha visto en este caso la firmeza que puede desplegar la política de una democracia. A este título lo consigno, no por malquerencia hacia Alemania, cuyo suicidio económico para sostener la resistencia pasiva, aun siendo un acto de desesperación, ha revelado una constancia ante la cual hay que descubrirse con respeto.

* *

Suenan ahora con frecuencia en España voces interesadas proclamando el fracaso de la democracia, condenada, según estos censores a producir una política débil e incoherente. Hemos visto, por el contrario, en la guerra universal—el más duro yunque en que se ha probado la firmeza de las naciones y los Gobiernos—, caer las autocracias y los Gobiernos semiautocráticos y salir vencedoras de la prueba las tres grandes democracias de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Rusia, Turquía, Austria, Alemania, con toda la fuerza de sus poderes personales o sus regímenes autoritarios, fueron los pueblos que cayeron sucesivamente en el palenque, a pesar de sus virtudes militares, y no las naciones de instituciones libres, de las cuales dos, Inglaterra y los Estados Unidos, tuvieron que improvisarlo todo en la guerra terrestre, para la cual sólo Francia estaba preparada.

Antes de la guerra había demostrado ya la tercera República francesa un *esprit de suite*, una constancia y una energía en su política que no tenía nada que aprender de las autocracias y podía darles lecciones. A pesar de las antiguas simpatías hacia Polonia, del espíritu liberal propio de una democracia, del sacrificio espiritual que representaba el asociarse con un régimen despótico como el de los Zares, la alianza rusa se mantuvo por todos los partidos. *Mariana* no soltó el brazo del cosaco, y le dió sus ahorros, creyendo que con él ponía de su parte a la fuerza, cuando en el momento de la prueba resultó —¡ironía de las cosas!—que *Mariana* era más fuerte que él.

Fué, sin embargo, en la política anterior donde más se puso a prueba la firmeza y la virtud de gobierno de esta democracia. La tercera República francesa nació y ha vivido entre peligros. Cuando el Imperio se desplomó en Sedán, surgió la República como un régimen transitorio, tras el cual se veía próxima una restauración monárquica. Estuvieron preparadas las carrozas que habían de conducir a Versalles a Enrique V. El espectro rojo de la *Commune* dividió y manchó de sangre a la naciente República. Fué la hora en que altos espíritus, progresivos, independientes, liberales como Renán, asustados de las hazañas de Calibán, perdieron la fe en la democracia.

La República se defendió, sin embargo. Planteó el mariscal Mac-Mahón el dilema de «someterse o dimitir», mostrando que no quería dictadores. Cada día traía su dificultad. Desapareció Gambetta, que a pesar de sus taras y sus achaques de *Numa Roumestan* y de *Rabagás*, era un hombre de gobierno, de gran capacidad y carácter, y tenía la aureola de haber prolóngado la defensa nacional. Vino, bajo la presidencia del opaco Grevy, el escándalo de las condecoraciones. Wilson, el yerno del Presidente, tipo del *businessman* y del político a la americana, arrastró en su caída a su suegro, demostrándose que en Francia los yernos eran más peligrosos que en otras partes.

El magno escándalo de Panamá infirió a la República un gran quebranto moral. Sus enemigos se esforzaron en presentarla como un régimen esencialmente *panamista*, de corrupción y negocio. El Imperio no había sido un régimen austero; la monarquía había tenido un Law y antes un Fouquet; mas la impresión presente puede más que la memoria histórica. La política democrática venció aquella crisis por el único procedimiento eficaz y honrado: el de la justicia. Se vió que en aquella República los ministros iban a la cárcel. Hasta la política de expansión colonial que ha dado a Francia un imperio mayor que el que tuvo en la gran época de la Monarquía y un vivero de excelentes soldados, ocasionó, al surgir los adversos accidentes, comunes en estas empresas, horas de impopularidad. Ferry fué impopularísimo en los días de Lang-Son. La historia le ha justificado. La política colonial no se abandonó.

* *

Estaba el régimen republicano algo resentido de estas peripecias y contrarios accidentes cuando se le presentaron las dos crisis más peligrosas que ha tenido que vencer, gravísimas para cualquier gobierno: la del *boulangerismo* y la del *affaire* Dreyffus. Boulanger era, sin duda, un hombre muy inferior, pero con todo peligroso. Era el tipo del viejo *galantín*, que pasa por la peligrosa crisis del reverdecimiento de los cincuenta años, con un brote de falsa juventud, de ambiciones, de amor retrasado, gran espuela de la ambición. «A vuestra edad, general, Napoleón se había muerto ya», le dijo cáusticamente uno de sus adversarios, indicándole que Napoleón lo tenía ya todo hecho a la edad en que Boulanger pretendía empezar la carrera de Napoleón. Pero ero con todo un hombre peligroso, y sobre todo un instrumento peligroso. Su actitud en el incidente Schnœbele, su mando en Africa, su gestión en el ministerio de la Guerra

le habían rodeado de aura popular. Su caballo negro les parecía a muchos el corcel de la victoria; era un pedestal. Boulanger satisfacía esa afición al *penacho* que alienta en todo buen francés —Enrique IV, Luis XIV, Napoleón—, impulso que en la gran hora de la victoria ha debido de sentirse un poco defraudado al ver que la gloria recaía en mariscales austeros, sencillos, modestos, sin *pose* ni jactancia.

Los Gobiernos de la República no se arredraron ante Boulanger y el boulangismo. Sucesivamente destituyeron, expulsaron del Ejército y procesaron y condenaron al general revoltoso. La estrella de Boulanger fué breve como las estrellas fugaces que se ven en las noches de verano. Un abogado le dió una estocada en un duelo; huyó a Bruselas, temeroso de la condena (se cuenta que el Gobierno le hizo avisar por bajo de cuerda, tendiéndole el lazo de la huída; fugitivo, estorbaba menos que preso en una fortaleza). Acabó suicidándose sobre la tumba de su amante, como un galán romántico de 1830.

Más grave fué el peligro del *affaire*. ¡Se mezclaban allí tantas cosas, el prestigio del Ejército, el secreto de las relaciones internacionales, el antisemitismo, la conspiración monárquica y aun eclesiástica! No se trataba de un hombre, de un pretendiente a César, sino de un vasto conflicto, en que la razón de Estado podía colocarse enfrente de la verdad y la justicia. Doce años duró la lucha. Caían rápidamente los Gobiernos, se alteraba el orden a cada paso en las calles de París, parecía Francia al borde de la guerra civil, mas la firmeza política no se desmintió; paso a paso la verdad se puso en marcha. La disciplina del Ejército se mantuvo con una inflexible severidad; se adoptaron graves medidas de Estado, como la expulsión de las Ordenes religiosas, en que pagaron igualmente justos y pecadores. Se dió, en suma, al cabo de un largo y porfiado combate, una sensación de justicia, de fortaleza, de continuidad política.

Ninguna de las grandes naciones de Europa ha pasado por tantas y tan graves crisis. En ellas se ha demostrado cómo la democracia puede ser un instrumento de gobierno tan firme, tan consecuente y perseverante como los poderes personales y los regímenes autoritarios. Son las cualidades del pueblo, se dirá; mas entonces la proclamación del fracaso de la democracia llevaría aneja una declaración de incapacidad y de inferioridad nacional, que ningún pueblo puede admitir de buena gana, sin caer en el extremo de la humillación.

E. Gómez de Baquero

(*El Sol*, Madrid).

San Quijote de la Mancha

Salamanca, 1923

Mr. H. G. Wells, el novelista inglés, nos es profundamente simpático por lo mismo que es antipático a casi todos los idiotas. Y aquí conviene que definamos esto de idiota—en griego: hombre particular, o privado—diciendo que es el que no tiene más que sentido común, el que no discurre más que con lugares comunes y que por lo tanto odia las paradojas. Mr. Wells forjó paradojas y hace luego juegos malabares, malabariza con ellas, y, cuando, al fin, esas paradojas han logrado entrar en el sentido común de los idiotas, éstos las convierten en lugares comunes, las clasifican y etiquetan y las meten en unas cajitas donde las tienen guardadas para enseñárselas a sus hijos.

A Mr. Wells le preguntaron por los seis más grandes hombres de la historia y en vez de mandarle a paseo al humorista—o acaso idiota, si tomaba la pregunta en serio—que se lo preguntó, contestó diciendo que eran Cristo, Buda, Aristóteles, Asoka, Roger Bacon y Lincoln. ¿Verdad que es divertido? Y ello ha servido, por lo menos, para que muchos se hayan preguntado: «¿y quién fué Asoka?» Lo cual, lector, debe importarnos muy poco. Dejemos, pues, a Asoka.

Esta divertidísima, humorística y paradójica respuesta de Wells a una pregunta divertidísima, humorística y paradójica, ha dado motivo a que otros escritores hayan terciado y escrito cosas bastante divertidas también. Y Wells, a su vez, ha replicado y al replicar se ha metido con Shakespeare. Que en Inglaterra es peor acaso que meterse con Cristo y tan grave como aquí meterse con Cervantes. ¡No siendo los cervantistas que se meten con él a cada paso y le dejan al pobre!.... Pero lo que no se le ha ocurrido a Wells, y eso que es ocurrente, es si Buda no es creación de algún Shakespeare indio, si tiene más realidad histórica que Hamlet, como Aquiles creación de Homero o de quien sea, y el mismo Cristo, según algunos... impíos ¡claro! creación poética, mito, de alguna comunidad judía.

Y cuenta que al decir que acaso Buda no tenga más realidad histórica que Hamlet no es que se la neguemos, sino todo lo contrario. Los que conocen nuestra filosofía de la historia —«anch'io sono pittore»—expuesta en nuestra *Vida de Don Quijote y Sancho*—cuya tercera edición acaba de publicarse—saben que creemos que Don Quijote y Sancho tienen más realidad histórica que Miguel de Cervantes Saavedra—y más que la del que esto escribe—y que lejos de ser éste, Cervantes, el que creó a aquéllos, son ellos los que crearon a Cervantes. Y vamos a emprender una campaña para que se canonice a Don Quijote, haciéndole San Quijote de la Mancha. Y si la Iglesia Romana, que ha canonizado a no pocos sujetos poéticos de menos realidad histórica que Don Quijote, se opusiera a ello, podría ser llegado el Momento del cisma y de constituir la Iglesia Católica—es decir, Universal—Española, Quijotesca.

Hay quienes viven en un mundo de hielo, de agua sólida o congelada, con nubes, o sea agua en estado nebuloso y a las veces vapor, encima; entre el documento histórico y la pseudo leyenda. Y estos tales no se dan cuenta del agua líquida, fluyente, de los ríos y arroyos que arrastran témpanos y de donde brota bruma. No tienen sentido histórico.

Si al que esto escribe se le preguntara por los seis más grandes hombres de la historia española, no sabría responder, pero obligado a ello, no omitiría Don Quijote, Sancho Panza, Segismundo, Don Juan Tenorio, Pedro Crespo, San Isidro Labrador y... ya van seis y es lástima que no quepan el Cid, Pizarro, Prim y otros mitos más.

Dicen que Simón Bolívar — ¡otro mito!—solía decir que los tres grandes majaderos de la historia habían sido Cristo, Don Quijote y él, Bolívar. Y teniendo en cuenta que majadero es un instrumento para majar, resulta que el dicho, por más que a un cristiano irreverente pueda parecerle irreverente, no está mal, pues ¡cuidado con lo que majaron Cristo, Don Quijote y Bolívar! ¡Y con lo que siguen majando!

Y una de las cosas que prueban mejor la genialidad paradójica—aunque de no ser paradojica no sería genialidad—de Bolívar, es que se puso al lado de dos a quienes él debía de creer míticos, pues Bolívar, que habría leído a Volney, no estaría muy seguro de la realidad histórica del Cristo al modo que la entienden los idiotas.

No hace mucho que un amigo nuestro que acababa de leer la formidable novela de Emilia Brontë, titulada *Wuthering heights*—traducida y publicada recientemente en español con el título de *Cumbres borrascosas*—nos preguntaba que de dónde pudo sacar a Heathcliff, ese prodigioso ejemplo de pasión trágica, aquella pobre muchacha, hija de un pobre clérigo, que murió soltera a los treinta

años en un pueblecito inglés. Y le dijimos que Emilia Brontë sacó esa su tormentosa criatura de donde todo creador las saca, de sí misma. O más bien que fué Heathcliff el que hizo a Emilia Brontë.

Pero es la misma Emilia Brontë la que nos lo dice en el último hermosísimo poema que escribió. «¡Oh Dios de mi pecho; todo poderosa, siempre presente Divinidad! ¡La vida—que en mí tiene descanso—como yo—vida inmortal—tenemos poder en TI!... Con amor que mucho abarca tu espíritu anima los eternos años, penetra e incuba arriba, cambia, sostiene, disuelve, crea y cría. Aunque la tierra y el hombre se fueran y los soles y los universos dejaran de ser y te quedaras Tú solo, cada existencia existiría en Ti». La que escribió esto era una creadora, una poeta—mejor que poetisa—y sabía que así como cada existencia, cada verdadera existencia, cada acción que es pasión, vive en el Creador, así cada criatura de pasión y de amor como Heathcliff vive en quien la creó. Y como Heathcliff vive y vivirá, vive y vivirá Emilia Brontë. Y muy de otro modo que como se lo figuran los idiotas.

El deán Inge—deán de la catedral anglicana de San Pablo, de Londres—de quien os hemos ya más de una vez hablado, dice de esas palabras de Emilia Brontë moribunda que parecen contener «una verdadera filosofía», y añade: «Esta concepción de la relación de Dios al mundo es también la de la Iglesia Católica y ha sido defendida por una larga serie de filósofos cristianos que no me parecen inferiores en agudeza y penetración a los más celebrados pensadores modernos desde Spinoza hasta nuestros días». Pero no estamos muy seguros de que esa concepción de la Brontë «sea la general en la Iglesia Católica, ni mucho menos. Más se parece a la del propio deán Inge. Porque los idiotas de la Iglesia—y en ésta como en cualquier otra congregación los idiotas son los más—los que no tienen más que sentido común, como carecen de sentido propio y de pasión propia, no pueden concebir, ni menos sentir, esa especie de inmortalidad. Esa la siente un Heathcliff. Es decir, una Brontë». Para los idiotas, para los del puro y recto sentido común, no hay más que una inmortalidad común, una comunidad inmortal. Como no tienen más que individualidad corpórea, al deshacérseles el cuerpo se les deshace la individualidad. Y nada pierden.

Vamos a consultar con Bolívar, que ¡claro! sigue viviendo, nuestro propósito de hacer que la España Máxima canonice a don Quijote. Y no vayan a creer los semi-idiotas—que son peores que los idiotas puros—que se trata aquí de nada de espiritismo, no! Para ponernos al habla con Bolívar no necesitamos de espiritismos. Vamos a hablar con él en español claro y recio y no en ninguna clase de esperanto y vamos a hablar con él a solas, alma a alma, sin comunidad ambiente que estorbe. Y estamos seguros de que aprobará nuestro proyecto, con la condición ¡claro está! de que luego se le canonice también a él! y le hagamos San Simón Bolívar. Y os aseguramos que ambos, San Quijote de la Mancha y San Simón Bolívar tendrán más realidad histórica que pueda tenerla aquel don San Diego Matamoros de que hablaba don Quijote.

(Se admite adhesiones).

MIGUEL DE UNAMUNO

(La Nación, Buenos Aires).

El rico clarividente

En la nueva fe social hay dos corrientes: una culta, que abraza el problema humano, como tal, y le imprime un verdadero sentimiento de religiosidad. Inculta otra, que, bajo una enorme presión social, toma una forma mística con un sentido comunista.

Un generoso millonario, D. Juan March, ha hecho donación en Palma de Mallorca de un inmueble, tasado en ochenta mil duros, ¿a un convento de monjas? No; hay en España suficientes conventos de monjas. ¿Al señor obispo, para edificar una iglesia? Tampoco. Desde hace mucho tiempo cada pueblo tiene su iglesia. ¿Al gobernador o a un Patronato, a fin de fundar un asilo? Menos. En Palma de Mallorca hay ya espaciosos y ventilados asilos. No le déis vuelta al magín. D. Juan March ha donado, espontánea e incondicionalmente, ochenta mil duros a los obreros de la localidad para edificar, como se ha edificado, una Casa del Pueblo.

Entre los contados grandes capitalistas que me dispensan el señalado honor de pasar la vista por mis «Ideogramas», habrá, seguramente, alguno que, escandalizado, frunza el ceño.—¡Qué enormidad!—, dirá, echándose hacia atrás en su cómodo asiento—. ¡Ese D. Juan March es un loco! Pero, ¿no sabe que las llamadas Casas del Pueblo son en todas partes Centros socialistas, es decir, antros en donde se reunen los enemigos del capital? ¿Es que quiere tirar piedras a su tejado? ¿Es que quiere ayudar a los que le combaten sin tregua y no se contenta con menos que con hacer la vida imposible a los hombres afortunados que han tenido la suerte de hacerse en la vida un bienestar? Por fuerza el buen señor ha perdido el juicio al dar ese ejemplo de imprevisión y de prodigalidad a sus compatriotas.

Pues no, señor, D. Juan March no está loco; antes bien, es persona inteligente y cultísima. Y la Casa del Pueblo que ha donado a los trabajadores de Palma no es un simple barracón, sino un edificio suntuoso, en que hay salón de lectura y biblioteca, café restaurante, teatro magnífico, cooperativa, escuelas y, lo que da más carácter al edificio: un enorme salón de juntas y 37 grandes secretarías, para que puedan celebrar sus sesiones las Juntas directivas de los diferenres oficios.

Pero el ilustre millonario ha visto algo que no suelen ver, por incapacidad o por terquedad y testarudez, sus colegas. No hay más que un medio de combatir el bolchevismo y la anarquía: poner de parte de la causa del orden a los que con sus manos se ganan el pan. Acúdase a la represión, a la persecución o al exterminio allí donde los desesperados son muchos más que los satisfechos, y el orden peligra y el trastorno social sobreviene. El valladar más poderoso contra los vagos, los salteadores y los enemigos de la propiedad, son los pequeños propietarios, y la defensa más poderosa contra los que no quieren trabajar, sino expoliar a sus conciudadanos, a nadie puede ser encomendada con más acierto que a los trabajadores, convirtiéndolos, de rebaños de esclavos, en corporaciones de hombres libres, educados, disciplinados y sabedores de sus derechos y de sus deberes. Quien regala un monte a un Concejo hace más por la tranquilidad de los ricos que quien deporta a cien anarquistas.

¡Oh, si en Rusia hubiera habido, al derrumbarse el Imperio y estallar la revolución, una Casa del Pueblo en todas las aldeas! El comunismo hubiera fracasado. Todo el mundo hubiera defendido el orden social, que le permitía trabajar y ser recompensado, velar por sus derechos sin ser perseguido y formarse un pequeño patrimonio que le permitiera asegurar la tranquilidad y el sustento de la vejez. Pero no había más que explotadores y explotados. La intransigencia de los fuertes había impedido que se formara la invencible legión de los cultivadores del campo y de los artífices del taller, y los talleres fueron deshechos, y los campos fueron arrasados, y los capitalistas fueron perseguidos, y han sido precisos muchos años para que, reconstituído el verdadero concepto del Estado y de la cooperación social, se comience a crear una Rusia nueva, en

que todo el mundo trabaje, eso sí, porque las ruinas no se reconstruyen, pero en que todo hombre sea capaz de poseer, con la seguridad de que su justa posesión será respetada.

No; la Casa del Pueblo de Mallorca jamás pensará ni en despojar a los poderosos ni en hacer una revolución completamente estéril. Será, ante todo, un centro educador, y después, una organización disciplinada, dispuesta a colaborar con todos los Poderes constituídos en la labor de regeneración de la patria esquilmada y mísera. Figuraos una España que tuviera en todas sus villas y en todas sus aldeas una Casa del Pueblo donada por un millonario. Los aldeanos serían, sin excepción, cultos y pacíficos; los millonarios serían respetados y a su paso se descubrirían los obreros y los gañanes. No habría rebeldes y menos habría caciques; la reconciliación entre todas las clases sociales sería firme y duradera.

¡Oh, capitalistas recelosos! No temáis a las Asociaciones campesinas y obreras que se acogen a la legalidad, que piden escuelas y leyes protectoras, que aspiran a no ser explotadas, pero nunca a destruir la propiedad privada legítima. Al edificar ese palacio del Trabajo, el millonario mallorquín ha alzado un baluarte contra la revolución y se ha asegurado para siempre la posesión de lo que justamente le pertenece. De que su acción desprendida tenga o no imitadores depende, tal vez, no ya en España, sino en todo el planeta, que las luchas sociales desaparezcan o que haya que resolverlas por los procedimientos crueles que en todas partes han fracasado.

ANTONIO ZOZAYA

HOMBRES NUEVOS Y NUEVOS HOMBRES

El personal gobernante a través de las revoluciones

La política es un arte que requiere una profunda y dilatada experiencia. Una revolución puede derrocar un régimen: lo que no puede hacer es improvisar los instrumentos de gobierno. De aquí que todo nuevo edificio político esté construído, en buena parte, de materiales viejos. En la gran Revolución francesa, la Asamblea Constituyente está llena de hombres que han adquirido en los organismos del antiguo régimen la práctica de los negocios públicos. Una ley que no pareció, andando el tiempo, muy juiciosa, excluyó de la Asamblea Legislativa a cuantos habían formado parte de la Constituyente. Pero los miembros de las dos Asambleas revolucionarias vuelven a encontrarse en los bancos de la Convención. Ni aun en aquellos días turbulentos, de febril audacia innovadora, en que se pretendía hacer tabla rasa de todo lo existente, ofreció la fauna política el milagro de la generación espontánea...

El caso de Talleyrand es de los más sorprendentes que registra la Historia. Le vemos, primero, sirviendo a la Revolución, amigo y testamentario de Mirabeau, miembro de la Constituyente, embajador de Francia en Londres bajo el mando de los girondinos. Le vemos, después de la reacción de Thermidor, sirviendo al Directorio, amigo de Barras y ministro de Negocios Extranjeros. Napoleón, que utiliza su genio diplomático, lo hace príncipe de Benevento. Ministro de Negocios Extranjeros con la Restauración, es el representante de los Borbones en el Congreso de Viena. Y la Monarquía de Julio llega todavía a tiempo de aprovechar sus servicios como embajador en la corte de Inglaterra. Ya comprenderá el lector que no se trata de un insólito caso de recompensa de la apostasía. Es empleo, en calidad de instrumento, de una capacidad técnica, profesional. Es también, acaso, el temor a un sutil y pérfido espíritu de intriga.

La flexibilidad del temperamento político francés, que tan maravillosos ejemplos de equilibrio inestable ofrece durante todo un siglo de revoluciones, nos muestra cómo lo viejo y lo nuevo se enlazan a través de los cambios y mudanzas de régimen. Después de Sedan, el hombre de la República es Thiers, el ex-primer ministro de Luis Felipe y gran enemigo de los republicanos en los días de revuelta que siguen a la instauración de la Monarquía de Julio. Y después, otro monárquico, Mac-Mahon, el viejo mariscal del Imperio. Gambetta, el verdadero fundador de la República, apenas si llega a gobernar. Y la etapa de mando de Ferry fué breve, aunque fecunda para las instituciones republicanas. El temperamento político español rechazaría seguramente las combinaciones que hicieron posible en Francia la permanencia de la República, y, al mismo tiempo, la defensa nacional. En el Ministerio de defensa republicana de Waldek-Rousseau, al lado de radicales ilustres, figura Gallifet, el general de la *Commune*. Y es Clemenceau, acusado de inmoral por nacionalistas, clericales y reaccionarios de toda laya, el hombre de Francia en los días más difíciles y angustiosos de la gran guerra...

En España, cuando, por obra de las circunstancias, vino la República sin que nadie la trajera, quisieron los republicanos que el nuevo régimen fuera exclusivamente para ellos. Y los monárquicos les siguieron el humor, apartándose de los comicios y dejándolos solos. La República española pretendió hacer tabla rasa de todo lo existente, y lo único que consiguió fué morir por asfixia. No murió por la insurrección cantonal, ni por la indisciplina militar, ni por la guerra civil, ni acabó con ella el atentado de Pavia. No la mató la violencia, sino el vacío. Murió en el salón de sesiones del Congreso como un pajarito en la campana de la máquina neumática.

Lo que ante todo necesita un régimen nuevo es un punto de apoyo. Y este punto de apoyo no puede encontrarlo fuera de la continuidad histórica. Es un programa demasiado ambicioso y demasiado peligroso el que expresan estas palabras: «tabla rasa»... Un movimiento político ha de tener forzosamente una dirección, que no puede ser otra, para ser firme y segura, que la dirección histórica. Y en esa dirección hay que ir como se pueda y con quien se pueda.

La revolución, una revolución honda, era en España una necesidad vital. Era cada día más urgente prescindir de todos los viejos políticos. Pero no como hombres, sino como sistema. No como personas, sino como idea y procedimiento. Con hombres nuevos puede perdurar el viejo régimen. Lo mismo da, por ejemplo, Luis XVIII que Luis Felipe. Thiers, en cambio, que era la Monarquía en el régimen de Julio, es la República después de Sedán. No es un hombre nuevo, pero es un nuevo hombre: el hombre de la nueva Francia.

ALVARO DE ALBORNOZ

Página lírica

de E. González Martínez

SOBRE LA FRENTE DE UN NIÑO

A Antonio Castro Montaño.

En la angosta jaula de un cosmos pequeño,
tiemblas como un pájaro... Y va distraída
tu visión a saltos por sobre la vida
forjando la urdimbre futura de un sueño.

Una voz oculta presagia el camino.
Recóndito enigma preside tus horas
así cuando ríes como cuando lloras...
Y entre risa y llanto se incuba un destino.

Sobre la montaña despunta la estrella.
Será signo prócer suspenso en la altura.
Ya quiere alcanzarla tu mano insegura
mientras van tus ojos fijándose en ella.

¡Quién fuera a tu lado soplando en tu oído
los nombres que inquiere tu angustia tem-
[prana,
que hoy son puros nombres, pero que
[mañana
en tu alma despierta tendrán un sentido!

¡Quién fuera a tu lado en ruta de asombros
atento a la vida con una alma nueva!
¡Quién fuera esa mano cordial que te lleva
cual una caricia posada en los hombros!

El viaje comienza, pequeñuelo hermano...
La faz de tu estrella da luz al abismo;
mas ha de nublarla tu dolor humano...
Cuando ella te falte, búscala en ti mismo...

¡Ya el viaje comienza, pobrecito hermano!...

LA HORA TRAGICA

¿En dónde está la vida para ahogarla en
[mis brazos?
Todavía rebosa de mis labios el vino
rojo de la lujuria, y los viejos abrazos
se enroscan a mi cuello con nudo ser-
[pentino...
¡Y yo busco la vida para ahogarla en mis
[brazos,
la vida que no supe cuándo vino!...

Una estrella remota y una rosa que atrae
en la tierra, delatan mi antigua incerti-
[dumbre
en que el alma suspensa ni se empina ni
[cae...
¡Afán alitendido que es sólo una costumbre!...

Tenue borrón del humo que blanquea
en la casa distante, es sueño ido
que huyó cual duende por la chimenea...
El recuerdo es tan vago, que semeja un
[olvido.
¿En dónde está la vida para que yo la vea?...

VIEJO PECADO

Una canción olvidada
me trajo el viento,
una canción olvidada
tan triste como un lamento
en la noche desolada...

¡Cuántas cosas de otros días,
cuántas cosas
de vagas melancolías
perdidas en las brumosas
lejanías!...
De penas y de alegrías,
¡cuántas cosas!...

Una canción olvidada
me trajo el viento,
una canción olvidada
tan triste como un lamento
en la noche desolada...

Hay un eco que perdura,
algo que brota
de la visión insegura
de la vida, y como gota
se filtra en la rajadura
de nuestra existencia rota...
¡Algo queda y algo dura!

Y en vano es dar al olvido
el dolor que hemos causado
o el agravio cometido...
Siempre hay un eco olvidado
que en los rumores del viento
da una nota del pasado,
y que es el remordimiento
de nuestro antiguo pecado.

LA ALFORJA

Se desbordó mi corazón cual una
alforja... Cada quién tendió las manos
y crispó su codicia en mi fortuna...
Y la fijeza insomne de la luna
miró huir el tropel de mis hermanos.

Me sentí solo cual si nadie hubiera
sobre la tierra sino yo... Mi grito
perdióse en la insondable carretera...
Y no queda del prófugo delito
ni el polvo que levanta la carrera.

«Aun resta lo más noble que atesora
mi corazón... Volved...» Pero ninguna
voz me responde... Y en la aciaga hora,
mi solitario afán es can que llora
frente al silencio esquivo de la luna.

LA PERNIQUEBRADA

La chiquilla que mete jugando
los pies en el agua,
se divierte pensando que tiene
las piernas quebradas.

Con las manos en púdico gesto
recoge las faldas,
y hasta medio muslo
se mete en el agua,
con que la fractura
resulta muy alta.

El cristal que tiembla, retuerce y deforma
sus columnas blancas,
y ella ríe
de la extravagancia...

¿Por qué de repente saca del arroyo
las piernas mojadas
y en precipitado ademán las cubre
sin enjugarlas?...

¿Sintió el beso prófugo
de alguna mirada?
¿Rumor de pisadas furtivas
sobre la hojarasca?...

¡Cómo corre
la muchacha!
¡Cómo evoca la noble carrera
de Atalanta!
¡Qué bien que bate los remos
la perniquebrada!...

LA PAREJA

Tus pies huyen por los sembrados
como romántica pareja
de enamorados.

Ora delante,
ora detrás,
parece que juegan a quién corre más.

Con sus botinas nuevas
cruzan por los sembrados
como par de novios
endomingados...

Suena en su taconeo
el tic tac del reloj del deseo.

Cómplice de la prisa y del calor,
repentino, oportuno se divisa
el hilo del arroyo tentador.

La mano desanuda
«agujetas» y ligas, sabia y muda,
y la pareja al baño entra desnuda...

Tus pies retozan, júntanse y se oprimen
en los escalofríos del riachuelo
como dos cuerpos jóvenes en celo;
y a veces uno en otro largamente apoyados,
parece que se ahitan
de divinos pecados...

Tras de secarse al sol, vuelve la media
a calzarse triunfal, sin una arruga,
y luego, las botinas... Después de la tra-
erótica, la fuga... [gedia

Lenta y acompasadamente
regresan por la gloria de los prados
tal como dos amantes fatigados.

(Del tomo *El Romero Alucinado*,
Buenos Aires. 1923).

Oknos el soguero



...El sepulcro es tal vez el primogénito de la cultura. «A la piedra—dice Bachofen—que indica el lugar del enterramiento está adherido el culto más antiguo; a la construcción sepulcral, el más antiguo edificio religioso; al adorno de la tumba, el origen del arte y la ornamentación». Por ser la obra más vieja, es también la más tenaz. Cuando las ideas y los sentimientos han desaparecido del resto de la vida, perduran agarrados a las paredes de las tumbas en forma de símbolos graves y misteriosos.

Así, en el columbario de villa Pamfilia, esta figura de un viejo taciturno, sentado entre plantas de cenagal, que trenza una cuerda afanosamente, cuyo extremo mordisquea una asna. ¿Qué intención tiene este jeroglífico? Los «clásicos» ya no lo entendían e inventaron interpretaciones superficiales de un prosaico y burgués racionalismo. Pausanias supone que es un hombre laborioso a quien su mujer, representada en el asna, dilapida el haber. Para Plinio se trata de un holgazán condenado en los infiernos a una faena perdurable y vana. Nada de esto se compagina con el grave talante del viejo y la solemne sugestión que de toda la escena trasciende.

Unas palabras de Diodoro nos ponen sobre la pista. Según ellas, en Egipto quedaba un resto de ceremonia ritual donde uno de los iniciados trenza una soga y los demás la deshacen por el extremo. El trenzar la soga tiene, pues, un significado ritual donde se conserva como petrificada una ideología religiosa. «Su sentido no puede ser dudoso. El trenzado de las sogas y cuerdas es un acto simbólico que aparece con alguna frecuencia y nace del mismo pensamiento que el hilar y tejer en que se supone ocupada a la ingente madre naturaleza. En la imagen del hilar y tejer se representa la actividad plástica, conformadora de las fuerzas naturales. La labor de la Madre Primitiva es asimilada al artificioso trenzar y urdir que presta a la materia bruta estructura, forma simétrica, delicadeza». «La *Terra* es por esto en el pensar antiguo la suprema artífice—*daedala*, *artifex rerum*, y se la llama madre formadora—*méter plástene*. Su instrumento es la mano humana con sus articulaciones libres. La articulación es signo de alto destino organizador. «Por eso, según Suetonio, se consideraba la pezuña hendida que distinguía al caballo de César como un presagio de sumo poder; e inversamente, según Plutarco, la carencia de articulación confirma la naturaleza destructora y demoníaca del asno».

Es curioso que en los mitos textiles suelen ser representadas escenas eróticas. Arakne urde las aventuras amorosas de los dioses y su promiscuidad con las hembras humanas; el bordado de Hefaistos, la cohabitación de Afrodita con Ares, y la «mejor tejedora», Eileithya, es a la par patrona de los nacimientos. En este sentido erótico y natalicio va inclusa la idea del hado. En el tejido se entreteje el hilo de cada vida, ese hilo que tantas veces aparece en la mitología, funesto cuando se quiebra, como en el santuario de las Erinnyas; benéfico en la aventura dionisíaca de Ariadna-Afrodita.

Este símbolo del tejer y trenzar, en que asoma el poder plástico de la naturaleza, entra en una zona más profunda si advertimos que el viejo Oknos está rodeado de altas plantas pantanosas. Son el material de que elabora su soga. Estas plantas son juncos (de *jungere*, unir), esparto, *spartum*; es decir, lo que nace sin ser sembrado. Virgilio opone la tierra espartaria, el tremedal y la ciénega, donde la flora crece espontáneamente con brutal abundancia pero sin buen aprovechamiento, a la tierra cultivada, *laborata Ceres*. Sin más que seguir la ruta que el símbolo nos indica, hemos llegado a una etapa de civilización preagrícola. El hombre aprovecha el vegetal espontáneo, nada más. El esparto no es, como el cereal, obra del hombre; el *spartum* tiene la misma raíz y sentido que *spurius*, sin padre.

Todo este complejo nos hace entrever una época en que el hombre ha creído hallar en la tierra y la subtierra el ámbito propio a la divinidad. En la ciénaga, con su profundidad tremante y misteriosa, se oculta el arcano de la generación. De él sólo se conoce el resultado: la caña, junco o mimbre que se yergue, prole de una génesis oculta. Para Egipto tiene el agua telúrica la misma significación que para otras comarcas de la tierra la humedad descendente del cielo. Aún el hombre no ha levantado su preocupación al firmamento; aún vive preso del terrible misterio subterráneo. Su cultura no es aún uraniana, sino ethónica.

Pero, además, a la generación cenagosa de los espúreos corresponde en lo social el mero enlace hetaírico, sin matrimonio. De la familia, aún no existe sino la madre, el factor indubitable. Es de advertir que Bachofen desconocía aún el hecho demostrado posteriormente de haber tardado mucho la humanidad en descubrir el papel del hombre dentro de la obra genesíaca. La mujer es centro de la sociedad y representa en lo humano la gleba húmeda, fecunda y sagrada.

Es genial haber logrado en una época tan poco propicia como los años cincuenta del último siglo, es genial haber logrado vislumbrar la existencia de una cultura ethónica, poseidoniana, dionisíaca, anterior a las otras ideas del mundo más alegres y luminosas.

He sostenido hace algún tiempo—y acaso Bachofen me aprobaría—que cierta etapa de la evolución humana es incomprensible si no se admite que el hombre vivió durante ella señoreado por el terror. Los *tabus*, los ritos mágicos, sólo se entienden partiendo de un miedo difuso alojado en las almas. Nada es indiferente: cualquier acto puede disparar las secretas fuerzas hostiles que se ocultan en la tierra. La cultura ethónica y dionisíaca conserva, aun en sus formas pulidas de más tarde, esta resonancia. La caña, hija del cieno, es siempre trágica, y dondequiera hay oscura tragedia, germina o suena. Pan corta su caramillo del cálamo que nace en el corazón fenecido de Siringa. ¡Y Pan, divinidad de pantano, es a un tiempo símbolo del terror! La flauta vegetal vuelve a ser trágica en Marcias, y el barro de que nace es materia para el luto en muchos pueblos primitivos.

Oknos reune todos los síntomas de la teología infernal. Es viejo como Aqueronte; está sentado como suelen los dioses telúricos, como Cibeles y los jueces de ultratumba.

Lo que Oknos laborioso trenza, el asna lo va anulando. Representa este animal el poder destructor necesario al ritmo de la Gran Madre. Una creación lograda y perfecta detendría el proceso: es menester que colabore la potencia enemiga, la energía destructora. El trozo de soga que hay entre las manos del soguero y el belfo de la bestia es breve jornada de la existencia que se abre entre el poder de hacer y el de deshacer, ambos eviternos. Penélope desteje cada noche justo lo tejido durante el día para que la tarea sea perdurable. Penélope es una última modulación del mito ethónico: también

ella estaba sentada, quieta e hilando. Símbolo de una cultura hembra. Aún tardará en llegar Apolo, representante de una cultura masculina, portadora de luz y de alegría. Oknos y todo el repertorio de objetos en su derredor pertenecen a la inspiración triste y tenebrosa de la caverna telúrica. La lucha debió ser gigantesca entre los dos poderes: el útero cavernoso y arcano, el falo que inicia la ascensión hacia los dioses del sol y del rayo, hacia una cultura solar y fulgural.

Al cabo, Apolo triunfa; la inquietud sin reposo ni finalidad cede al sosegado dominio sobre el orbe. Oknos abandona la sólita tarea y descansa. A su vera, el asna acaricia mansamente la soga de la existencia. En el fondo desaparece la ciénaga y su flora. Se levanta un edificio, un columbario. Alrededor, árboles de cultura—, *laborata Ceres*—, mecen sus frondas. Esta representación del viejísimo símbolo manifiesta la victoria de un nuevo principio sobre las almas.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

(*Revista de Occidente*, Madrid).

Glosas

LAS REFORMAS DE GIOVANNI GENTILE.

GRAN ventolera en Italia sobre las reformas que a la enseñanza oficial acaba de traer Giovanni Gentile, ministro de Mussolini y de Instrución pública. De ellas lo más sonado, la restauración del deber de formación religiosa, atribuido a la escuela primaria. Cuentan y no acaban quienes juzgar las cosas con la mentalidad del Ochocientos, de la propia extrañeza, tal vez escándalo, al ver que quien abre así cauce pedagógico a la vuelta de ciertos valores no exclusivamente racionales, es precisamente un filósofo.

Ni ha sido éste su primer paso en la vía nueva. Con la proclamación de la libertad de enseñanza vino a iniciarse la actividad ministerial del antiguo profesor de Palermo: quien, en sus decretos del último Setiembre, no hace otra cosa que darnos en fruto lo que antes nos había anunciado en flor. Pero de una y otra hay que buscar el origen en raíces muy hondas, muy adentradas so las capas más íntimas de la sinceridad, con independencia ante cualquier oportunismo social, ante cualquier imposición de la realidad política. El Gentile ministro es simplemente un discípulo coherente y perfecto del Gentile pedagogo; como a su vez el Gentile pedagogo significó en su día la fiel traducción del Gentile metafísico. Todo lo contrario de un renegado, pese a ciertos malos quereres, pese a ciertas críticas obtusas.

Dicho sea en honor de la clase y un poco, por consiguiente, *pro domo nostra.*

LA PEDAGOGIA DE GIOVANNI GENTILE.

TAL vez, para hablar del pensamiento pedagógico de Giovanni Gentile, no nos falta absolutamente la autoridad. El título de esta glosa de hoy sirvió de subtítulo a un curso profesado en Barcelona en la primavera de 1916, bajo el enunciado genérico *La pedagogía idealista*. En aquellos días estábamos muy lejos todavía del *Fascio*. La vida académica de Gentile se desarrollaba en la obscuridad y no sin obstáculos. Incurable, la miopía de ciertos medios leídos—nada más que leídos—, le consideraba—con la disminución consiguiente en estos tiempos de superstición por la originalidad a ultranza—como un secuaz dócil y sin complicación de la filosofía de Benedetto Croce.

La almendra y nucleo de la tesis idealista, que en tal ocasión propugnaron los libros de Gentile, y nuestro pequeño curso monográfico, se cifraba en la negación de la Pedagogía como ciencia. Así, el Rey Midas, en oro, así quiso el siglo XIX convertir en ciencia cuanto tocaba; aún ha quedado la supervivencia de aquella manía en los hábitos de muchas cátedras españolas. Infinidad de «Lecciones primeras» o de «Lecciones segundas», nos dicen que la Pedagogía «*es la ciencia que...*», como el Derecho canónico «*es la ciencia que...*», y el Reconocimiento de materiales «*es la ciencia que...*», que luego resulta tener tantas y tantas «*relaciones*» con «las demás Ciencias». Nosotros nos esforzamos en desvanecer alguno de los embelecos de esta fantasmagoría pertinaz. La fórmula era, en Palermo o en Barcelona un poco distinta; pero el mismo, el resultado a que se aspiraba. Gentile disolvía la Pedagogía como saber aparte, identificándolo con la Historia de la Pedagogía. Nosotros intentábamos resolverlo en la Heurística, o estudio de la invención. Aprender no es, substancialmente, cosa distinta que inventar, sosteníamos. Gentile—por ventura más ampliamente—veía en cada aprendizaje sólo un momento más, sólo una manifestación particular, del total desarrollo del espíritu en la historia.

De aquí, para la una como en la otra de estas posiciones teóricas, que no hay más que un secreto para la pedagogía: *actividad*. Todo lo activo, todo lo creador, es, aunque no quiera, pedagógico. Todo lo pasivo, todo lo mecanizado e inerte es antipedagógico, por perfecta, fina, complicada que sea la estructura de su estéril maquinación. Mas ¿qué significa actividad, qué significa creación? Significa, por un lado, realidad, que, lejos de divorciarse del concepto, quiere cada día darle un hijo. Significa, también, concepto, que, lejos de repudiar a la realidad, anda siempre en amorosos desposorios con ella.

LA FILOSOFIA DE GIOVANNI GENTILE.

LA doctrina de la racionalidad de lo real, conexa a la realidad de lo racional, imbuye todo el pensar pedagógico de Giovanni Gentile. Igual que todo su pensar filosófico. De ahí el jugoso

historicismo—, de buena tradición de Vico, más que de buena tradición de Hegel—, que trae a cualquier problema concreto la aplicación de este pensar. Ahora, el establecimiento de un plan y unas normas para la enseñanza pública es un problema concreto. El sentido histórico comunicará al planteamiento del mismo, como una imposición más en el enunciado, la necesidad de no desatender en la formación del niño, del hombre futuro, el cultivo de ninguno de los órganos correspondientes a cada una de las manifestaciones con que el espíritu se desarrolla en la vida de la humanidad.

La ciencia es ciertamente una de estas manifestaciones; la ciencia, que aspira a lo seguro. Pero el arte y la poesía también lo son, aunque lo seguro les tenga sin cuidado. Y lo es, por modo eminente, la justicia. Sin perjuicio de que lo sea también la fuerza, que tan a menudo entra con la justicia en conflicto. Una educación, pues, que prescindiera de proporcionar al educando, no sólo información, sino experiencia personal, directa, vívida, de la Ciencia y de la Justicia, representaría una obra mutilada; pero no menos la que negara a aquél la práctica, además de la noticia, del Arte, de la Poesía o de la Fuerza.

Y entre las manifestaciones espirituales, ¿cuál habrá de más rica historicidad, cuál de realidad más auténtica que el vivir religioso? La mitad de las criaturas ideales que ha parido la cultura, la mitad de las formas en que lo ideal ha encarnado en el mundo, cifráronse en aquél. ¿Con qué derecho extirpar o siquiera dejar que se atrofien en un alma las disposiciones organizadas para el mismo? Con igual derecho al que pudiera invocar un maestro loco para privar a su pupilo, por temor al extravío futuro, de las posibilidades de generación, o bien por miedo a las ilusiones posibles del uso de alguno de los sentidos nobles, del uso del oído o de la vista, gloria del entendimiento y alegría del mundo.

Una vez aceptado este punto de vista teórico, las conclusiones prácticas se imponen por sí solas. Es natural que, como aquél, no escapan éstas a las agitaciones de la discusión. Vivacísimas las ha suscitado la obra de Giovanni Gentile, y no siempre han sido los más benévolos con sus principios fundamentales, aquéllos a quien en apariencia viene a favorecer la versión política de los mismos... Revisar una vez más la cuestión podría tentarnos. Pero nosotros no nos ocupamos en este instante en tareas de doctrina, sino de crónica. Lo que nos importaba en aquella obra era el sentido de continuidad, la coherencia orgánica entre sus partes y momentos. Y por consiguiente—, para mayor gloria del gremio, ya lo hemos dicho—, la demostracion de su intacta honradez.

LA CITA

La víspera, algunos escritores habían recibido una invitación, concebida en los siguientes términos:

«El 14 de octubre de 1923 la *Societé Mallarmé*, de París, se reunirá en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el maestro, para consagrarle un recuerdo.

»Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto—por decirlo así—sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado:

»*Cinco minutos de silencio en recuerdo de Mallarmé*.

»Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana, en la puerta del Botánico, que da sobre la Feria de Libros.

»Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos».

La tarde en que llegó este aviso era la primera que ha tenido este año, en Madrid, sabor de otoño. No hubo crepúsculo y, en el centro de la ciudad, las esquinas se perfumaron de olor a castañas y se espejearon en las mojadas aceras las constelaciones de los escaparates.

EL CUADRO

La mañana siguiente, abriendo la segunda jornada del otoño, era también muy fina. El tiempo era aquel tiempo en que a las once de la mañana ya parece seguro que no va hacer sol ni a llover demasiado.

El Jardín Botánico va atrasado esta vez de algunas semanas. El festín de hojas secas dista bastante de estar a punto. Esperemos que para noviembre lo estará. Noviembre es un gurmé delicado. Preparando su mesa, las oficiosas tardes de setiembre encienden el fuego. Las de octubre lo soplan. Hay que servir las hojas secas, como la carne a la parrilla, cuando salta la sangre.

Tal vez, en el paseo del Prado, las losas de la vereda estaban en ese domingo demasiado blancas. En las cuatro fuentes de la plaza de Murillo no se despeinaban locamente los chorros, como en los días de gran viento. Pero ya cumplían su misión de abrir el barrizal modesto que sigue hasta Atocha y hace de este trozo excepcional de Madrid algo tan transido y tan dulcemente lloroso.

A media columna, en la puerta de esta especie de cementerio exquisito, que es el Botánico, sin muertos todavía, pero con panteones y epitafios ya, colgaban, en guisa de exvotos, algunos juguetes de a perra grande, cuyo cartón pintarrajeado también le hubiera gustado a Mallarmé.

Gran paraje para callar, mejor aún para callar en compañía.

EL RITO

Los primeros en acudir a la cita habían sido Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset. Poco después Enrique Díez Canedo vino a apoyar en mi brazo veinte años de complicidades malarmianas. José Moreno Villa aproximaba al negro una escala de grises que comenzaba en Antonio de Marichalar, Mauricio Bacarisses, José Bergamín, mi paisano José María Chacón y los otros llegaron más tarde. Alguien dijo que *Azorín* no podía venir, temeroso de que la imposición de cinco minutos de silencio iba a pesarle en demasía.

La devoción fué luego cumplida en un rincón púdico del jardín. No fué más religiosa la seriedad del rito que las ironías ligeras que le prepararon. El primer recogimiento pudo enlazarse sin reproche con la última sonrisa.

Cada minuto de los cinco tuvo su gracia y su sabor.

El primero pudo pecar necesariamente, un poco de dispersión y de aleteo.

El segundo minuto se balanceó un poco y cayó con lentitud espesa, así como cae de la punta del cuentagotas farmacéutico la lágrima de jarabe que dosifica una mano escrupulosa.

El tercer minuto se distrajo porque acertó a pasar por las cercanías una figura algo extraña que sobre la calada caperuza de un impermeable negro se había encasquetado un sombrero hongo, negro también. Para la aparición, nosotros fuimos recíprocamente aparición. Se detuvo un punto, miró sin demasiada curiosidad y se fué.

El cuarto minuto de silencio tuvo calidad de roce de ala. Una tras otra la sintieron las frentes descubiertas en una sucesión que ya excluía el sobresalto.

El minuto final se quedó vacío y ya dejaba sentir acaso cierta superfluidad. Sus paredes se volvieron delgadas y se irisaron como las de la pompa de jabón próxima a romperse. La señal de que el tiempo había trancurrido la reventó.

Dió esta señal Enrique Díaz Cane-

do, que había cronometrado el sencillo oficio con la exactitud y la minuciosidad habituales a su métrica, a su crítica y a su sátira.

EL COMENTARIO

Después nos fuimos.

Dijo entonces alguien:

—Les miraba, a ustedes y a mí, sin espejo, me miraba mientras maduraba la prueba. Me pareció que nos unía cierto aire de familia algo misterioso.

Otro añadió:

—¿No sería que en este momento nos parecíamos todos un poco al poeta invisible y glorificado?

Y otro:

—Sí; no se puede negar que esto ha sido para nosotros en cierta manera *la Fiesta de la Raza.*

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Madrid).

Rejuvenecimiento

Se ha difundido la noticia, como habrán visto nuestros lectores por un telegrama publicado hace pocos días, de que Clemenceau y Maeterlinck se habían sometido a la operación rejuvenecedora del profesor Steinach, con su correspondiente inserción de glándulas de simio, y que ya el ilustre dramaturgo belga se siente casi vuelto a la adolescencia.

Tanto se ha hablado, con una mezcla de jocosidad, de repugnancia, de esperanza y de instintivo horror, de este famoso procedimiento rejuvenecedor, sin que la mayoría de las veces se sepa a punto fijo en qué consiste, que nuestros lectores, sin duda, nos agradecerán la explicación de su base científica; advirtiendo de antemano que se trata de algo científicamente comprobado, sin asomo de *bluff* ni charlatanismo. A estas fechas cuéntanse por millares los mortales que, en Europa y América, se han puesto en manos del doctor Voronoff o del profesor Steinach.

Por cierto que la noticia referente a Clemenceau y Maeterlinck yerra al al atribuir la inserción de glándulas al profesor Steinach, de Viena, pues el sistema de dicho profesor difiere del método de Voronoff precisamente en que no añade al organismo humano glándula alguna, sino que modifica el funcionamiento de las ya existentes. Procedimiento de indudables ventajas, no sólo por la mayor simplicidad, sino, muy principalmente, por evitar ese injerto de mono, que por fuerza ha de inquietar y repugnar a la imaginación del paciente.

El profesor Eugenio Steinach, a quien debemos la paternidad en el descubrimiento y los más serios estudios sobre el particular (condensados en su famoso libro *Verjüngung)*, comenzó trabajando sobre ratas y conejos de Indias, y hasta pasados largos años de investigación no consiguió llegar a tan espléndido resultado. He aquí, muy sumariamente expuesta, su teoría: las *gonadas* (o glándulas de la generación) tienen una doble función; así, las masculinas producen: *a*), las células espermáticas, que fecundan las células femeninas y engendran un nuevo ser; *b*), una secreción interna u *hormon*, que ingresa en el torrente circulatorio y tiene por finalidad estimular los correspondientes *hormones* de las demás glándulas: tiroideas, pancreáticas, pituitarias, pineales, suprarrenales, etc., cuyo efecto combinado consiste en mantener el funcionamiento normal de todo el organismo, manifestado por el vigor físico, mental y sexual. Y otro tanto ocurre a las gonadas femeninas, con la diferencia, claro está, de que la producción *a*) es de células ováricas.

Ahora bien: esta secreción interna de las gonadas es tan importante, que de su alteración, en cantidad o en calidad, depende la salud mental y física del individuo; dándose, especialmente, este cambio regresivo con el advenimiento de la vejez. Todos sabemos que, por desgracia, al llegar a la frontera de los cincuenta o cincuenta y cinco años, según los casos, disminuyen sensiblemente las fuerzas corporales del hombre, su energía mental, su capacidad de asimilación y sus propensiones eróticas. Steinach atribuyó estos síntomas de decadencia al enrarecimiento de la secreción interna de las gonadas, y buscó el medio de revivificar éstas. Al fin encontró, después de mil arduos experimentos, que ello podía conseguirse implantando una nueva gonada de un individuo joven y sano del mismo sexo y especie, o de una especie tan afín al hombre como lo es el mono; hecho que fortifica, una vez más, la teoría darwiniana de la evolución. Injertada convenientemente la glándula fresca en los músculos del abdómen, las células productoras de cuerpos espermatozoicos u ováricos se atrofiaban rápidamente, en tanto que las productoras del *hormon* comenzaban a trabajar activamente, incorporándolo a la sangre y reestimulando las otras glándulas, con el resultado inequívoco de rejuvenecer al sujeto, infundiéndole nuevas energías.

Pero como el procedimiento, aparte de las objeciones naturales en que abundaba, ofrecía también la dificultad de aprovisionarse de las glándulas precisas para el injerto, no tardó el profesor Steinach en hallar otro, que salvaba todos estos inconvenientes, a saber: la *vasectomía* o ligadura del conducto seminal. La operación, tan sencilla que puede realizarse con anestesia local y ni obliga a guardar cama, se reduce a ligar el canal que lleva al

exterior las células espermáticas, con lo que se origina una especie de estancamiento y, por último, la atrofia de las células productoras, dejando así libre a la glándula de aplicar toda su energía a su otra actividad, o sea a la elaboración del *hormon*, que, naturalmente, aumenta en cantidad y mejora en calidad.

Y también aquí vemos una nueva injusticia de la naturaleza con la mujer, a la que, debido a su diferente estructura fisiológica, no es posible practicar la vasectomía, reduciendo así sus posibilidades de rejuvenecimiento al injerto de un ovario de mona.

Aún falta por probar si la operación alarga realmente la vida humana, pero todo parece indicarlo, pues así ha acontecido con los animales de vida más corta en que se ha experimentado. Las ratas, que normalmente mueren a los veintisiete o treinta meses, han vivido, después de practicárseles la operación, cuarenta meses. Lo que supone un aumento de casi un 35 por 100. De lo que sí no cabe duda es del rejuvenecimiento casi inmediato que procura. En este punto, todos los testimonios están acordes.

Huelga subrayar el extraordinario interés filosófico y la enorme trascendencia social de este descubrimiento. Quizás si el hombre consigue prolongar su vida logre también hacerse más sabio y más cuerdo, y, por tanto, mejore el mundo; sobre todo, si andando el tiempo se perfecciona el invento y se alarga ese porcentaje, todavía un poco mezquino, ¡quien sabe si hasta los trecientos años que exige Mr. Bernard Shaw como duración individual! Y pronto hemos de ver si el mismo rejuvenecimiento es efectivo y el Sr. Maeterlinck escribe otra vez buenos dramas y abjura del ectoplasma.

Esta posible mejora del mundo es el lado optimista del hallazgo del profesor Steinach. Pero también tiene sus sombras el cuadro. Imaginemos, por ejemplo, que todos estos vetustos políticos nuestros, hoy recluidos en sus madrigueras, pero para cuya definitiva relegación esperamos aún más de la Parca que de nuestro salvador Directorio, emprenden la peregrinación hacia la clínica del doctor Voronoff o del profesor Steinach... Parece que ya se habla en algunos países de disposiciones prohibitivas y de reconocimientos periódicos. Como la dinamita, este rejuvenecimiento artificial es un arma de dos filos.

(*El Sol*, Madrid).

EL CORREO DE LAS MUSAS

La cucaña

Yo estaba en Toledo, en «El Ventanillo», pasando la Semana Santa y bebiendo sol. Se me presentó un hombre robusto, rojizo, de cabello prematuramente gris, de anchas facciones y de cejas espesas. Su aspecto fornido contrastaba con la suavidad—, casi untuosa—, de su hablar. Gusta tanto de las palabras, que una palabra oportuna e ingeniosa le humedece los ojos de satisfacción. Advirtiendo que llevamos trajes iguales, exclama, irónico:

—¡La misma Tarrasa materna! Entonces he encontrado al que busco. Usted es Reyes, seguramente. Yo soy *Xenius*, Eugenio d'Ors. He venido por unos días a Madrid, y me dijeron que usted se escondía en Toledo.

—¿Por qué no tiene usted acento castellano ni catalán?—, le dije.

—Porque soy, en parte, americano. Mi madre era cubana. Cuando, alguna vez, vaya a México, me propongo detenerme en Cuba, al regreso: tengo, como Heredia, vuelta hacia allá la fantasía.

Desde entonces, nuestra amistad marcha como nuestros trajes iguales.

—Acordes como dos violoncelos—, me dice Ors, haciendo un gracioso trémolo de bajo profundo, sobre la palabra «violoncelos».

Ultimamente, en la sobremesa del banquete a Eugenio de Castro, comentábamos juntos el hecho de que, tanto aquí como en México, algunos hombres de nuestra generación hayan descubierto un poco tarde ciertos agrados del mundo externo. El está en ese delicado preludio de la madurez (él dice que está en la adolescencia, fundándose en la clasificación de edades—, tan generosa—, de Pitágoras), cuando se descubren las más íntimas preferencias. En cuanto a mí, oh Dioses...

...Y yo no quisiera creer que ha comenzado la decadencia del Ateneo, esta casa de tradición tan noble; pero ello es que los escritores nuevos cada vez van menos por allí, y vuelven al pequeño club, a la pequeña tertulia.

Ors y yo hemos fundado, hace poco, un nuevo y diminuto círculo, pretexto del diálogo: se llama La Cucaña. El número de socios oscila entre el de las Gracias y el de las Musas. Se admiten damas; pero ninguno de los socios puede estar ligado a otro por ningún vínculo de subordinación o de parentesco. Así, tuvimos que escoger entre los hermanos Salvador: uno, el crítico musical, es demasiado gordo; preferimos al Arquitecto, su hermano menor. Somos muy estrictos.

Los socios de La Cucaña se reúnen de tiempo en tiempo a comer, bajo la responsabilidad de un «ponente», que fija el sitio y ordena el menú, con derecho a las innovaciones, siempre que las admita la ley imperiosa del buen gusto. (Es una lástima que no esté yo escribiendo en inglés: en inglés, la palabra «gusto» está llena de irisaciones y dice ya más que en su lengua propia: ¡destino de los trasplantados!) Se redacta y lleva un Libro de Oro, que se abre con estas palabras:

Una mala comida no se recobra nunca.

Se prohibe «estar a régimen», por lo menos el día de la Gran Asamblea.

La Cucaña tiene sus clásicos: Robert de Nolla, el catalán; Julio Rey, el audaz britanizado; Chesterton, por derecho propio; Saintsbury, el grave erudito inglés, que ha dado lugar, entre sus voluminosos libros sabios, a unas *Notes on a Cellar Book*; los «Almanaques» de la Sirena; una Antología de la cocina francesa y unos libritos de unas monjas de Guadalajara, la de México.

Distintivo para el ojal: un discreto cordoncito azul, el día del banquete.

ALFONSO REYES.

Madrid, primavera de 1922.

(*El Mundo*, México, D. F.)

Dietario en Zig-Zag

Mojón

A toda comunidad política le precisaría un mucho de comunidad religiosa.

Debería ingresarse a un partido con una gran pureza de intenciones y desnudo de codicia.

Cuando vamos por los caminos de la Patria han de sernos ejemplo y modelo los seis príncipes hijos del Rey Vimbasana. Para ir a Saquia-Muni, dejaron en las manos del primer pasante sus sortijas... y sus ambiciones.

El poeta Ramón de Basterra y el pintor Gustavo de Maeztu

No sin motivo decora Gustavo de Maeztu la portada de *La Sencillez de los Seres*, libro de poesías del poeta Ramón de Basterra.

Vascos los dos, son productos de raza. Y versos precisaría pedirle a Ramón de Basterra para *Las Mujeres del Mar* del pintor y pintura precisaría pedirle a Gustavo de Maeztu para *Los Flancos azules* del poeta.

La hermandad suya está en el nervio y está en una castidad fuerte y resuelta que viste las creaciones de ambos. *Los Novios de Vozmediano* de Maeztu, no se aprietan la mano con deseo, febricentes; sellan al tocarse las manos, un contrato y un cariño. *Las mujeres del Mar* no esperan al macho de espaldas al pueblo y de cara al agua abierta: esperan al hombre que lucha por sus vidas en el confín nuboso; encienden su lámpara de serena y concentrada espera junto a los locos tumbos de las olas. Los marineros, los labradores, los mozos, los enamorados, los obreros de Ramón de Basterra, son sanos como el viento, fuertes como los pinos. Su *Amante* se tuerce en lujurias, empuja y rompe con instinto viril. Dejará el cuartel y desafiará la muerte en la huraňez agreste del Pirineo, lobo de presa, que no suelta, y cara a cara. A plena claridad lo vemos caer, alto trepado a una cima, y desangrarse como un sol que marcha... Es un rebelde por amor... No conoce el obstáculo para adueñarse de lo que lo atrae...

Figuras gemelas. Y las anchuras rutilantes del paisaje en Basterra y en Maeztu para hacer más patente el gemelaje.

El ciego de Calatañazor de Maeztu recibe encima como agua de lluvia, toda la luz que no ve... Su ceguera la mitiga el claro empapamiento. Por la cara, por el cuello, por los brazos desnudos, por las desnudas piernas, la plácida inmovilidad del *Ciego de Calatañazor* siente la luz. Y el mundo es extenso a su vera. Cabe al *Compasivo* de Basterra se ancha la gran meseta acuática que tiene dos islas gemelas,—pechos de virgen—entre los que el agua es dulce y se arremansa. Paisaje amplio también para destacar la humildad del fuerte compasivo que se pasa los días con su buey en las lomas costeñas de la tierra cántabra...

¿Decorativos ambos? A llamar decorador al que se preocupa de la estatuaria y del detalle colorido y plástico, sí, son decoradores. Pero son decoradores más allá de Zubiarre, y citamos otro vasco. Sus hombres, sus mujeres, tienen realeza de raza fuerte, son hombres y tipos definidos. *La Acacia* y *Eva* de Maeztu: *Peru Antón* y el *Tímido* de Basterra. Y en la hermandad el colorido del poeta y del pintor. Las cestas colmadas de las mujeres de *Ofrenda de Levante a la Tierra Española* de Maeztu ¿no se colmaron de los frutos del poeta: tomates, redomas llenas de luz del sol; melocotones de púrpuras agrestes, estrellas de azafrán, miel terruñal; manzanas, pomas de luz y carne; sartales de pimientos, incensarios de rojizos carbones, rosarios de coral; racimos de uvas, constelaciones opacas de luceros de amatistas?

Poeta y pintor, hermanos de raza y de fuerza, Ramón de Basterra, Gustavo de Maeztu, la tierra vasca os hizo hermanos de arte dandoos su fuerza racial. Por eso vuestra fuerza se prolonga permitiendoos excederos. Del pintor Gustavo de Maeztu estimamos el poder imaginativo que culminó en su libro *Las andanzas del señor don Goro*. Del poeta Ramón de Basterra sabemos la fuerte cultura que se desparrama por las páginas de la rebusca histórica y apasionada *La Obra de Trajano*.

Anécdota

En un match de boxeo.

Uno de los combatientes da al otro un tremendo puñetazo en plena cara.

Boca y narices revientan en sangre.

Un espectador, loco de entusiasmo, grita: «Qué bello puñetazo!»

Cuán múltiple es el concepto de lo bello.... y cuán difícil de definir.

Jardín en el crepúsculo

Se ahogó una rosa.

La vemos sin vida bajo las aguas temblorosas del surtidor.

Claros luceros en el cielo...

Uno. Dos. Tres. Otro que apunta.

Empieza a llover noche.

¿Por qué se ahogó la rosa?

El surtidor, espectralmente blanco en la sombra, guarda el secreto.

En un concierto del pianista Rubinstein apuntamos

Puede una dama envuelta tupidamente en un fuerte velo de perfumes sentir la música pura, purísima, de Bach.

¡Oh esa *Barcarola* llena de dos romanticismos, el de Chopin y el de Rubinstein!

El valle de las campanas, de Ravel. Los sones de campana caen sobre una cabrilleante alegría musical. Huyeron los estudiados silencios románticos y los éxtasis en que se precisa poner los ojos en blanco, tan del agrado del pianista.

¿Qué va de Chopin a Francis Poulenc?

Vals Mefisto de Listz. Algo hay que conceder para que pueda lucir sus habilidades el virtuoso del piano. Y algo hay que concederles a los que quieren entusiasmarse y gritar *bravo*.

Una dama comenta delante de un retrato de Kochanski, que anuncia un concierto: «Este tío tiene facha de tocar bien».

Hay público, mucho público en la sala. ¿Lo llevó la música? ¿Lo llevó la Reina de España que asiste a la audición?

The secret places of the heart

El freudismo entró en H. G. Wells. Richmond Hardy—su personaje íntimo—se pone en manos del neurologista Martineau, para poder descubrir los motivos secretos de sus acciones y de sus sentimientos. La exploración de los lugares ocultos del corazón empieza.

Pero Wells, sigue siendo Wells, pese a la conquista eminente que de Wells hizo el Dr. Freud. Mr. Richemond Hardy, el personaje último que creó el novelista inglés, más que una ofrenda a la psiquiatría, es un continuador fervoroso de las ensoñaciones wellianas. Náufrago entre dos mujeres—Miss Martin Leeds y Miss Gramond—su caso es menos visto por el analista que por el sociólogo. Sobre el analista flotan las canciones del esperanzado: el universo sin petróleo, sin carbón y sin besos, en el cual los miserables saborean una sistemática felicidad. Sobre el diseccionador se sostienen las relampaguentes opiniones del vidente a propósito de las futuras civilizaciones.

Lo que quiere decir que aún hay más wellismo que freudismo en la última obra de Wells.

¿Será así mañana?

Un poeta comunista

HEMOS oído recitar sus versos al poeta oficial del Comunismo ruso, Wladimiro Maiakovsky, en jira de propaganda lejos de su Patria.

Wladimiro Maiakovsky pasó su juventud en París y, lleno de Marinetti, trajo de embajada a Rusia los estruendosos futurismos del renovador italiano. Dícese que sus palabras rojas sangraban revolución, revolución lírica y revolución social. Al recitarlos, levantaba los brazos imprecantes; su voz tenía encrespamientos de pleamar. Ululaba.

Ulula aún hoy Wladimiro Maiakovsky. Pero—oh desencanto—ya la revolución poética y social de su poesía, la encontramos más en su voz y en sus brazos que en la esencia lírica y anarquizante de la palabra. Sus puños se mueven más amenazadores que nunca; delante de ellos se tiembla por algo invisible amenazado de un inevitable *knock out*. Su voz es tromba que revienta y se forma para volver a reventar y a formarse. En cuanto a la poesía y a las ideas del poeta—poeta de cabellos revueltos y alto *sweater* color de girasol—la encontramos profundamente aburguesada.

Y nada tan triste como un aburguesamiento en quien exhibe, por todo mérito, patente de eterna revolución.

Cristo bizantino

NINGÚN Cristo refleja el dolor sombrío que reflejan los Cristos bizantinos. Están heridos con terrible profusión. Los envuelve una cabellera de tinieblas. Se esparce apasionadamente la agonía en sus cuerpos. En sus ojos se cristaliza el horror. Son cuatro en vez de tres—los clavos que atraviesan sus pies y sus manos santas.

Y es que para los que habían visto danzar en el circo a Theodora desnuda y sabían el alma ahogada en pecado de Theophano, la lasciva y de Andrónico Comneno, el aventurero, la persuación se había hecho de que Cristo no pudo padecer para redimir a los otros pueblos lo que padeció para redimir a Bisanzio.

Signos del tiempo

ENTRAMOS en la biblioteca de un Monasterio. Sobre una mesa de estudio hallamos *La Iliada*, la *Eneida*, la *Teodicea*, el *Tratado de las Vírgenes*, los Sermones del Crisóstomo... y dos volúmenes de Lenine con las teorías bolcheviquistas.

Un monje

NOS habla un monje a la sombra de unos limoneros cargados de fruto.

«¿Para qué buscar la felicidad si la vida dura lo que dura un suspiro?» !Oímos atentos! Lo mismo que nos dice hoy el monje nos lo había dicho ayer Omar Khayyam. Pero Omar Khayyam para alegrar la vida—turbia claridad entre dos nadas—nos recomendaba el amor, la embriaguez, el murmurio de las flautas de Irak en las noches de luna, las purpúreas rosas que se deshojan cansadas en el viento.

Y el Monje nos dirije a Dios, fin de nuestra terrena vida—camino oscuro que va hacia el Eterno Alcázar de las Puertas de Oro—. No os alejéis de El, nos dice. Rogad. Pedid! No os importe dejar penitentes huellas de sangre en la cuesta dura. Que vuestros ojos no se aparten del cielo. La flor del limonero, al abrirse, se abre de cara a la tierra: es porque no ve la azulada bóveda que el fruto que nace de la flor nace amargo.

Y las manos del Monje se levantan pálidas, inspiradas, hacia los árboles cargados de verdes limones y de amarilla sombra, hacia los árboles que ofrecen a la tentación de los hombres—, como la vida—, su fruto tan oliente, tan amargo, tan bello, tan áspero, tan prometedor... y con un infierno de hiel oculto en las entrañas.

El Prior

CERRADO y natural se parece al Dom Blasio que pintó el Perugino. Nada lo revela. Una fortaleza sobrehumana lo hermetizó. Pero nosotros lo hemos adivinado ardiente y lleno de locuras infinitas. Fué delante de una copia del *Martirio de San Bartolomé* del Ribera. Tendió la mano y nos mostró el cuerpo del Santo dolorosamente desnudo de su piel. El Prior temblaba. «Qué felicidad—, nos dijo—, la de presentarse a Dios con esta salvaje desnudez de martirio. Bien se lo hemos gritado al mundo que nosotros ofrecíamos el corazón. Nadie se ha presentado a arrancárnoslo». No dijo más. Bebiendo una lágrima de fuego, el Prior volvió a cerrarse, a naturalizarse, a parecerse al Dom Blasio que pintó el Perugino.

RAMÓN VINYES.

(*La Nación*, Barranquilla).

Lord Morley

DÍAS pasados ha muerto en la Inglaterra uno de los hombres que representa una época que no sabemos si volverá a conocer el mundo. Lord Morley personificaba una gran tradición: la del prócer que dedica la vida con el mismo entusiasmo a la vida pública y a las letras. Este tipo de hombre se ha dado con alguna frecuencia en el siglo pasado. Representaba un gran equilibrio de facultades y hasta de conducta, pues, como ya decía Lamartine:

> Il faut se séparer de la foule pour penser et s'y confronde pour agir.

(Hay que separarse de la multitud para pensar—y confundirse con ella para actuar). Sólo el hecho de hacer al mismo tiempo vida de político y vida de gabinete implica una rara serenidad, que no sabemos si tendrán, en lo futuro, los hombres públicos, o si se la dejarán tener los demás hombres o meramente el curso de los hechos.

Para lord Morley era cuestión de principios esta armonía del pensamiento y de la acción. Era un gran biógrafo y una gran ensayista.

A su pluma se deben las biografías de Oliverio Cronwell, sir Roberto Walpole, Edmundo Burke, Ricardo Cobden y Guillermo Gladstone, que cuentan entre las mejores de Inglaterra, en un país donde la biografía es uno de los más importantes géneros literarios. Era, además, uno de los pro-hombres del liberalismo británico, miembro del Gabinete Asquith hasta que, al declararse la guerra, su oposición le hizo retirarse del Gobierno, con Mr. John Burns, el antiguo laborista londinense.

No hay un escrito de lord Morley en que no se perciba el toque de clarín que llama a los hombres a la acción y

a las responsabilidades del pensamiento, que tiene que someterse a la prueba decisiva de los hechos. Para lord Morley no cabe duda de que los mejores libros son los que salen de la pluma de hombres a los que la vida pública ha limpiado del espíritu académico, trivial, empalagoso, perdido en inútiles detalles. Los mejores historiadores son, a su juicio, militares, banqueros, estadistas, negociantes; los mejores moralistas, hombres experimentados en los vaivenes de la fortuna y de la vida. La literatura, en suma, no fué nunca un fin en sí para lord Morley, sino un medio para un fin social, y su alfa y omega consiste en el carácter que revela.

Con ello no se dice que lord Morley creyese que la literatura ha de tener un fin didáctico consciente. Lord Morley sabía muy bien que la literatura imaginativa revela profundidades de la naturaleza humana que tienen poder emotivo superior al de los meros preceptos morales y al de la predicación más apasionada. Pero lord Morley sabía también que esa literatura imaginativa lo mismo contiene valores morales predominantemente positivos que predominantemente negativos. Al artista le pueden ser indiferentes; pero es función inexcusable del crítico la de aplicar también a la obra literaria los mismos cánones que le sirven para criticar cualquier otro producto humano, según su utilidad social.

Empleamos la palabra «utilidad» porque lord Morley era, en filosofía, utilitario, como discípulo fiel de Mr. Stuart Mill. En muchas cosas fué, sin embargo, superior a su maestro. El análisis que hace de la santidad en su ensayo sobre la *Imitación de Jesucristo* muestra una penetración en los rincones últimos del alma que difícilmente hallará paralelo en las obras de Mr. Stuart Mill. Es verdad que lord Morley fué siempre fiel a la bandera de los enciclopedistas, de Voltaire y Rousseau, de los fisiócratas y de Bentham. Lo que le gusta de este período fué precisamente el uso constante de la literatura en el intento de reformar la moral y mejorar el gobierno. Pero había también en lord Morley una comprensión, si vale esta palabra, de la tradición y del misterio, que le concedía un lugar único en las letras inglesas.

Por lo demás, faltó a su prosa cierta divina ligereza alada, o cierta embriaguez arrolladora que han tenido los mejores escritores ingleses. La trabajaba quizás demasiado. Quizás la preocupación de mostrar siempre el mejor sentido político le llevaba a limpiar su estilo de cuanto pudiera parecer excesivo, en cualquier sentido, salvo en lo de la claridad.

(El Sol. Madrid).

Necesidad e importancia de establecer cursos breves y libres de periodismo

[Exposición de motivos de esta iniciativa que, a nombre de la prensa centroamericana, presentó el delegado salvadoreño, don Juan Ramón Uriarte, al VIII Congreso de Periodistas que se reunió en Mérida, Yucatán, del 1º al 4 de setiembre próximo pasado].

Artículo II

HISTORIA Y EVOLUCION DEL PERIODISMO

En el programa de los cursos breves y libres de periodismo que propusimos se establezcan en las universidades o institutos de países latinoamericanos, debe figurar, después de la primera parte—el periodismo, género literario propio—la historia de la prensa, su evolución desde que surgió la imprenta y su clasificación.

Creemos que los antecedentes históricos del periodismo en general, deben servir de introducción a la historia crítica de la prensa centroamericana y en particular de El Salvador.

Consideramos que el segundo punto de esta parte del programa es el más importante y, por tanto, el que requiere más cuidados de parte del catedrático de los cursos indicados.

Pensamos que el profesor, después de fijar las etapas evolutivas que ha sufrido el periodismo hasta nuestros días, debe hacer un estudio comparativo de cada una de ellas y demostrar, por último, cuál sería el mejor tipo de periódico en la época presente (quede advertido que siempre que escribamos *periódico*, aludimos a los diarios y nunca a las revistas).

Los tratadistas están de acuerdo en comprender en cinco períodos la evolución del periodismo, desde que apareció la imprenta hasta la conclusión de la gran guerra europea.

La prensa de que se sirven los poderes públicos para dar a conocer sus actividades y sus disposiciones oficiales, es la primera etapa en la organización del periodismo. En el segundo ciclo evolutivo, surge el periódico crítico, primeramente clandestino y anónimo, y, después, con la depuración de la diatriba, preparó el advenimiento de otra evolución: la de la prensa política, llamada impropiamente ideológica, que se desarrolló frondosamente y que con el tiempo se marchita y queda relegada a un orden secundario en la vida nacional. La cuarta etapa, es la prensa de información, noticiosa, que vino a subsanar los inconvenientes de orden económico y social del periódico partidarista. En esta fase evolutiva, el periódico tiende a hacerse impersonal; es decir, a no ser propiedad ni órgano de un individuo, sino de una empresa, con junta directiva para su dirección y gerencia. La época moderna es propia para que florezcan los periódicos de negocios y mercantiles, que es la última etapa de la evolución de la prensa cuando sobrevino la conflagración europea.

Las consecuencias de todo género de la guerra 1914 a 1918 y la corriente de ideales latino-americanos que parece orientarán al mundo, marcan ya al periodismo una nueva evolución que el catedrático debe exponer y comentar desde puntos de vista sociológicos principalmente.

Consecuencia del estudio de la evolución de la prensa, es terminar esta parte del programa haciendo ver las funciones principales que llena un periódico (noticias, opiniones, publicidad, etc.) y como se procede a la organización de un diario.

Como veremos más adelante, juzgamos que el catedrático debe relacionar las diversas partes del programa. Aquí solo apuntaremos la conveniencia de ampliar este punto del programa con las partes del mismo que comprenden la moral del periodista, la lógica del periodista etc. Por ejemplo, al desarrollar el programa de moral, el profesor volverá a tratar la prensa política para desvanecer prejuicios que dominan sobre la materia y que consumen estérilmente tantas energías, como aquella falacia cívica de creer que cambiando el personal o la forma de los gobiernos se mejora la condición social de los pueblos. Y en el programa de psicología, el catedrático podría analizar de una manera viva los sofismas, errores, etc. en que incurren los periodistas políticos, muchas veces por malicia, pero con bastante frecuencia por ignorancia de la lógica y de la psicología, etc.

JUAN RAMÓN URIARTE

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo: es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica